

La leyenda de la rosa

No hay flor que no tenga su leyenda; sin embargo, ninguna posee tantas y tan variadas como la rosa. Esa variedad y abundancia son debidas, en primer lugar, a su belleza encantadora, también a su remota antigüedad y, finalmente, a su país de origen, el país de las leyendas: el oriente.

Los artistas la han preferido, por esa exquisita elegancia, por la suave flexibilidad, por la multiplicidad de variedades y por su aroma; los poetas la han tomado como tema de comparación. En la imaginación de los hombres ha llegado a ser el prototipo de la gracia y la belleza. Pesados de que un dón tan perfecto de la naturaleza no fuera de origen divino, algo excelente y superior a ellos mismos, crearon la leyenda, y hé aquí cómo su belleza fue el primer motivo de su loa. Otra circunstancia es su remota edad. Hoy el mundo no es tan joven como para crear leyendas creer en ellas, pues la botánica, el injerto y la química de los abonos han desflorado su encanto.

En fin, no hay más bellas leyendas que las del antiguo oriente. De allí nace, para nosotros, el sol que nos alumbró, las galas con que se viste la aurora rosada, que matiza con su adorable encanto todo cuanto ilumina. A medida que nos acercamos al occidente, el espíritu se vuelve más analítico, la voluntad más activa, los contornos de las cosas se precisan y la necesidad de servirse de las fuerzas de la naturaleza puede más en el ánimo que el deseo de divinizarlas. Casi la totalidad de las fantásticas leyendas que han desfilado por la literatura europea, nuestros cuentos de hadas, nuestras fábulas, nos vienen de la India y de Persia. La rosa, como el sol, nos viene de oriente. Allí en el Cáucaso oriental, en el Kurdistán, en el Farsistán, en el país mismo del paraíso terrenal, y es allí en donde brota siempre con mayor abundancia.

Hé aquí algunas de las más interesantes leyendas.

¿Por qué tiene espinas la rosa?

¿Qué fuerza misteriosa induce al hombre a eternizar aquello que admira, las flores, por ejemplo? Seguramente, la creencia de que el objeto de esa admiración no puede tener su origen en un fenómeno natural.

Fue Venus, en la antigüedad, quien dio vida a la primera rosa, cuando de su pie herido brotaron gotas de sangre. También se cuenta de Adonis que, al morir despedazado por un jabalí, su sangre vertida en el césped dio su color a las rosas. Según el cristianismo, fue la sangre de Cristo la que, al derramarse por la cruz, si no creó la rosa, embelleció infinitamente el primitivo agavanzo. Según una tradición muy extendida en Inglaterra, la corona de espinas del Salvador estaba entretejida de agavanzos, y las gotas de sangre que de su frente brotaban al llegar al suelo se convertían en rosas. Ello explica su belleza. Pero, ¿cómo explicar sus punzantes espinas, la curva inexplicable de sus ramas, que impiden acercarse a ellas? La imaginación popular no podía, en este caso, invocar el espíritu del bien. Entonces hizo intervenir el espíritu del mal. Según el Libro Sagrado de Persia, la rosa, como todos los arbustos, fue creada sin espinas, y sólo desde la aparición de Ahriman fue armada de espinas. Lo mismo han afirmado sabios padres de la Iglesia. En el paraíso, también las rosas carecían de espinas; pero al ser arrojadas del edén, todos los frutos y bellezas de la tierra se hicieron difíciles de conseguir para nuestro padre Adán. Una leyenda nacida en Alemania explica su origen de este modo: cuando Lucifer fue arrojado hasta la tierra, hizo nacer un agavanzo a fin de utilizar sus pinchos para escalar el cielo; pero Dios, advirtiendo su propósito, curvó las espinas... También se cuenta que de un agavanzo se ahorcó Judas, y que las ramas, dobladas por el peso del traidor, jamás volvieron a enderezarse. Esta leyenda ex-

plica por qué en Alemania los frutos del agavanzo son llamados *judasbecren* (bayas de Judas). Cada nueva variedad de rosal, una nueva leyenda viene a justificarla. Así, el aroma vinoso que distingue al agavanzo, se justifica con la leyenda de que, durante la huída a Egipto, la Virgen María tendió sobre unas ramas de agavanzo los pañales del Niño Jesús, y el arbusto conservó desde entonces su perfume. Cada religión ha procurado dar un alma a las rosas. Los árabes dicen que nació de una gota de sudor de Mahoma. Difícilmente se admite que la belleza perfecta haya podido nacer de ese polvo que hollamos y que se llama tierra. Necesitamos creer que, de algún modo, nos ha llegado del cielo.

Cuando el cielo quiere comunicarse con la tierra

Los místicos han dicho que la rosa no era sino un mensaje del cielo.

El paraíso, con su cercado edén; la tierra, con su valle de lágrimas; el infierno, con sus tormentos, se comunicaban entre sí fácil y continuamente. ¡Entre el cielo y la tierra había tal intercambio de ruegos, mercedes logradas, promesas, votos, reproches, almas que subían al paraíso o ángeles que descendían! . . . Pero, ¿cómo podía el cielo comunicarse con la tierra? ¿Cómo Dios con las almas? Indudablemente, por el único medio posible. ¡El más puro, el más bello! Y el hombre no imaginó nada más hermoso que lo visto por él en la tierra; tuvo que recurrir a los objetos naturales para buscar en ellos la demostración de la divina bondad. Pero entre esos objetos ha elegido los que menos parecen ser de este mundo; eligió lo más efímero: la flor; lo que no dura más que un instante: el rayo; lo que parece bajar de las cimas y remontarse a ellas: la música misteriosa del viento entre los árboles. Entre todos ha elegido la rosa, por parecerle la más apta

para llevar el mensaje entre el cielo y la tierra; el signo más sensible del más allá.

Así, cuando Dios o la Virgen quieren demostrar su benevolencia hacia un santo o un rey, envíanle rosas. Así decía la leyenda de Teófilo y Santa Dorótea. Habiendo sido conducida la santa ante el procónsul Fabricio, éste la conminó a abjurar de su fe. Mas ella respondió: «Estoy pronta a sufrir todos los tormentos, y lo haré por Jesucristo, mi esposo, con quien gozaré de la vida eterna; en su vergel cosecharé las más bellas rosas y los frutos más sabrosos». Condenada a morir por el tirano, la santa marchó gozosa al suplicio, cuando hé aquí que un joven pagano díjola en són de mofa: «Hay cosas que aquí o allá buscamos siempre en vano. ¡Flores de primavera en pleno invierno o frutos que sazonan en verano! Pues que pronto dispondréis de tan bellos tesoros, enviadme algunos de esos frutos codiciados y alguna que otra rosa perfumada . . . »

La muerte fue para ella un beso encantador del esposo amado que adoraba, y su cabeza trunca, pálida como un lirio, pareció revivir en una sonrisa. El pueblo pagano retornó a la ciudad; sólo Teófilo, el joven ateo, con los ojos arrasados en lágrimas, lloraba arrepentido de su burla cruel. Alejábase tristemente, cuando, frente a frente hallóse a un niño nimbado de luz ofreciéndole en sus candidas manos dorados frutos y policromas rosas de deslumbrantes matices. Teófilo cayó de hinojos y, alzando sus manos trémulas, exclamó, dirigiéndose a los paganos que, asombrados, corrían hacia él: «¡Maravillaos, paganos! Ella, a quien hicisteis morir, me envía las más hermosas rosas que haya visto y frutas de verano en pleno invierno . . . »

La flor celeste no aparece solamente cuando el santo lo anuncia. Brotan también espontáneamente cuando así lo reclama su beatificación.

Así ocurrió en la de San Luciano, obispo de Bauvais. Es cosa verídica, relata un viejo historiador, que las gotas de sangre de nuestro venerado mártir, al rociar la tierra engendraron tal cantidad de rosales de purpúreos tonos, que el lugar del martirio aún es conocido por *La Rosaleda*.

Más conmovedora todavía es la siguiente leyenda, porque este milagro revela a los hombres orgullosos el secreto del cielo. Había una vez en un convento de Déols un monje tan ignorante y negado, que jamás había podido aprender, para alabar a Dios, otra oración que el Ave María. Pero la repetía todos los días y a todas horas con ejemplar fervor. El día de San Andrés, no habiéndolo visto el prior de la capilla, fue a su celda y lo halló muerto. Y de su boca, ojos y oídos salían cinco rosas, cada una de las cuales llevaba grabada una de las cinco letras que forman el nombre de María.

No solamente sirve la rosa para atestiguar la beatificación de un santo, ni proteger a un cristiano; durante toda la Edad Media sirvió para su justificación.

Ninguna leyenda más encantadora, en este sentido, que la de Isabel de Hungría. Era afecta a llevar en persona a sus pobres, no solamente socorros, sino víveres y otros objetos que les destinaba y esto lo hacía ocultándose de su esposo, un rudo caballero, que no toleraba semejante servilismo. Descendiendo un día por una escarpada senda de sus dominios, llevando en las caídas de su manto, el pan, la carne, los huevos y otros víveres para distribuirlos entre los pobres, aparecióse su esposo, que, extrañado al verla tan encorvada bajo el peso del fardo que ocultaba, díjole: «Veamos. ¿Qué lleváis ahí?» Y separando el manto que ella oprimía contra el pecho, quedó asombrado al no ver sino rosas blancas y rojas, y más aún no siendo tiempo en que florece el rosal.

El nombre de Santa Isabel de Hungría recuerda el de Tannhauser, que justificó también la aparición de una

rosa. El milagro es, en este caso, mucho más imprevisto y mayor la bondad de Dios, pues Isabel de Hungría era una santa y Tannhauser un pecador; el más empedernido pecador de la cristiandad, ya que el mismo papa se negó a absolverlo. Muy conocida es esta lamentable historia.

Como se hizo popular, por la pintura, el milagro de las rosas, de Isabel de Hungría, la aventura de Tannhauser lo fue por la música. Era un buen caballero que ansiaba conocer cuantas bellezas encierra el mundo. Arrastrado por la curiosidad, no tuvo reparo en penetrar en la montaña, habitada por una deidad pagana llamada Venus. Un año entero permaneció preso en las redes de sus hechizos; no obstante, tras largos y penosos esfuerzos, logró fugar del reino subterráneo y, sinceramente arrepentido, fue a Roma a implorar la absolución de su pecado al Papa Urbano. «¡Ah, santo Padre, yo me acuso de mi grave pecado, que os quiero confesar: permanecí durante un año en el reino de una deidad gentil llamada Venus; arrepentido y contrito, quiero cumplir la penitencia y saber si podré obtener el perdón de Dios, Nuestro Señor». Tenía el papa un báculo en la mano y, clavándolo en el suelo, repuso de este modo: «Cuando mi cayado críe rosas, sólo entonces obtendréis la gracia de Dios». Tannhauser se retiró desesperado de obtener su salvación y, seguro de que Dios lo repudiaba, volvió cerca de Venus.

Tres días transcurrieron. Al tercer día, el bastón del papa amaneció lleno de rosas. El papa asombrado, hizo recorrer todos los países en busca de Tannhauser. Había vuelto a la montaña hasta el día del juicio. Y a causa de esto, el papa Urbano IV se perdió para toda la eternidad.

Ningún papa, ningún cardenal, puede condenar a un pecador. Por grande que sea un pecado siempre Dios lo puede perdonar. No fue en esta ocasión la única vez que Dios se comunicó con su representante en la tierra por me-

dio de las rosas. Cuando se propuso al papa la canonización de una santa famosa en el Perú, la bienaventurada Rosa de Lima, contestó: «que jamás creería en la santidad de una limeña, así cayera una lluvia de rosas». Al pronunciar estas palabras, una lluvia de rosas cubrió el Vaticano y no cesó hasta el momento en que, rindiéndose a la evidencia, el papa pronunció la fórmula de canonización.

Claustros floridos—Las gotas de sangre se convierten en rosas

Por el mismo medio Dios se comunicó con los reyes. Luis el bondadoso, cazaba en Alemania, en el lugar llamado hoy Hildesheim. Habiendo perdido el relicario al correr al ciervo, envió a uno de sus vasallos en su busca; éste lo encontró colgado de un rosal silvestre, mas no lo pudo desprender. El emperador, extrañado, fue en persona a buscarlo, y vio, en medio del bosque, frondoso y verdeante, un campo de nieve que afectaba la forma de una nave de iglesia; en el centro de ella elevábase, todo cubierto de flor, el rosal donde quedó colgado el relicario. Luis hizo construir en ese mismo lugar, una iglesia, encargando que nadie tocara el rosal. La iglesia fue varias veces reconstruída, y aún se la admira en Alemania: es la basílica de Hildesheim. Pero, cuando en el siglo XI la volvieron a reedificar, el obispo ordenó que resguardaran las raíces del rosal milagroso, e hizo adherir las ramas del rosal contra el muro del ábside. Todavía hoy, legiones de turistas van a admirar este agavanzo gigantesco de veinticinco pies, que llaman «el rosal milenario de Hildesheim».

Muy lejos de allí, en Italia, también es muy visitado otro claustro lleno de rosas milagrosas: la rosas de san Francisco de Asís. Es en el convento de san Benito, en el pueblo de Subiaco. Allí vivió san Benito, famoso por sus mortificaciones, y allí cultivó setos de espinos, en los que hería su cuerpo para aplacar las tentaciones de la carne. Varios

siglos después, san Francisco de Asís, queriendo, para su satisfacción, visitar ese lugar célebre, llegó a Subiaco y penetró en la maleza; mas, al tocar los espinos, éstos se trocaron en rosales, cubiertos de rosas rojas. Estos rosales no han dejado de florecer. Aún invaden el claustro, y en la capilla del convento, un fresco antiquísimo, representa su origen milagroso.

Más poderoso que la muerte.—Historia de Tristán e Iseo

Emblema de fidelidad, la rosa fue también en la edad media, el emblema del silencio, del secreto que se deben entre amigos. Solían colgarla encima de la mesa de los festines, para significar que, cuanto allí fuese dicho, había de ser guardado secreto. Secreto y fidelidad, gracia y belleza, de todo ello ha sido la rosa el emblema. Era, pues, natural, que llegara a ser también el emblema del amor. Ningún romance ha sido desde entonces más popular que el romance de la rosa. Comenzado en 1237 por Guillermo de Lorris, y terminado cuarenta años más tarde por Juan de Meung. El poema de Tristán e Iseo, olvidado durante varios siglos, ha vuelto a ser popular por la ópera de Wagner. He aquí el asunto:

Tristán de Lenois, famoso caballero de Inglaterra y sobrino del rey Mark, llega a Bretaña en busca de la bella Iseo, destinada a esposa de su tío, el rey. Ella había curado a Tristán las heridas que recibiera en el campo de batalla, caído en el suelo y moribundo en el combate de la pequeña Bretaña. Volviéndole a ver Iseo, recuerda su aventura. Rehusa ir a desposarse con su tío. Antes de dejar a Tristán prefiere tomar un veneno. Mas, al pedirlo, la camarera, aterrorizada ante la idea de perder a su ama, la engaña, y, en vez de verter en la copa el brebaje mortífero, vierte un poderoso filtro de amor. Y ofrece solícita tanto a Tristán como a Iseo la bebida amorosa. Surgen

combates y aventuras. Tristán, asaltado por los soldados del rey Mark, sucumbe bajo su número. Iseo muere con él, y el buen rey llega a tiempo para perdonarlos, pero demasiado tarde para salvarlos. En la historia consta que los hizo enterrar convenientemente. Los enterraron próximos el uno del otro, y plantaron un rosal en la tumba de Tristán y una vid sobre la de Iseo. En este trance la rosa simboliza la expansión suprema del sentimiento humano. «El rosal y la vid—ha dicho el poeta—arraigaron en el corazón de los nobles muertos; el brebaje amoroso, que aún calentaba sus corazones, mostró su poder; los arbustos, inclinándose el uno hacia el otro, enlazáronse amorosamente por encima de sus dos tumbas».

Sobre los rosales de ahora, no florecen los leyendas

Hoy la rosa no simboliza nada tan profundo. Ya no significa más que la llegada de la primavera; si se la ve en invierno, demostración de riqueza. Antes, también era signo de ostentación. Se cuenta que Cleopatra, cuando dio fiestas para deslumbrar a Marco Antonio, reunió por valor de un talento (5.600 francos) de rosas, y con estas flores hizo cubrir los pavimentos de las salas del palacio hasta un codo de altura. Asimismo, Heliogábalo hacía perfumar sus comedores y literas con montones de rosas. Signo de lujo y emblema de primavera en todos los tiempos, ha servido la rosa de recompensa para los vivos y de homenaje a los muertos. Para asegurarse de no carecer nunca de rosas, los moribundos hacían legados a ciertas cofradías para que, en determinado día del año, la ofrenda se llevara a cabo. Otras veces, en lugar de donativos, legaban jardines con la única condición de que nunca faltaran rosas para el sepulcro. Hasta en el cristianismo, la pascua de Pentecostés es llamada *Pascha rosata* (Pascua de las rosas), de donde parte la costumbre en la antigüedad de ofrecer al príncipe más piadoso una rosa de oro. Asimismo, es indu-

dable que las primitivas guirnaldas estaban formadas con frutos de agavanzo, de donde deriva su nombre de «rosario». En esto ha quedado entre nosotros el último recuerdo de los símbolos de antaño. El hombre moderno conoce una variedad infinitamente más extensa de rosas que el de la Edad Media; ahora las hay mil veces más hermosas; por las calles de París no hay vendedor ambulante que no ofrezca a nuestra admiración flores más bellas que las que pudieron contemplar Cleopatra o Heliogábalo. Pero estas magníficas flores han perdido este otro aroma que se llama leyenda. Para aspirarlo de nuevo, preciso será ir a contemplarlas en los retratos de los antiguos maestros de la pintura, modestas y sencillas, estremeciéndose entre los dedos de las princesas o de los caballeros de pasados siglos, o pasearse un instante, como acabamos de hacerlo, en los jardines del pasado.